

Dr. Roberto César Grezzi Costa

13 de Noviembre de 1932 – 13 de mayo de 2001



Hace ya más de un año que dejó de existir Roberto, y con él se fue un maestro de la cirugía y también un maestro de la vida. Porque Roberto fue básicamente eso, un apasionado de su profesión y un amante de la vida.

Lo conocimos durante su segunda incursión por la Facultad de Medicina, luego de un retiro voluntario de varios años, cuando comenzó a concurrir, allá por el año 1983, a la Clínica Quirúrgica “1” del Hospital Pasteur, conducida por su amigo, el Prof. Bolívar Delgado. De inmediato se integró a las actividades de la misma, y al poco tiempo fue designado Profesor Agregado, cargo que ostentó con orgullo y dedicación hasta el final del mismo, en 1997, con la Clínica funcionando ya en el Hospital de Clínicas como Clínica Quirúrgica “F”.

En esos años se comenzó a definir para nosotros su perfil de personalidad. Intensamente dedicado a los jóvenes, los apoyó en su formación dentro y fuera de los horarios de la Clínica.

Siempre dispuesto a concurrir a ayudar ante situaciones difíciles, sabía minimizar las dificultades a través de su experiencia y disimular con infinita paciencia los errores de los que eran entonces cirujanos en formación, cubriéndolos con un manto de discreción y comprensión. Impulsó y estimuló a aquellos que querían crecer en la cirugía, dándoles su apoyo, consejo y colaboración, en el Hospital, en su casa, y en los ambientes laborales extrahospitalarios, a los que supo introducirlos, brindándoles una invaluable ayuda en sus inicios.

En sala de operaciones no lo inmutaba la más dramática de las situaciones, las que resolvía con facilidad y simpleza, don propio de los grandes. Aportó siempre en los Ateneos y discusiones su valioso conocimiento, fruto de lecturas, pero sobre todo, de una vastísima y fecunda experiencia. Supo escuchar y analizar sin prejuicios las opiniones de los que disentían con él.

Se lo veía a toda hora, siempre rodeado de gente joven, con la que compartía sabrosos cuentos, impactantes experiencias, ajustados consejos y todo tipo de anécdotas que sabía adornar con una medida exageración. Contaba con la dosis justa de picardía que le permitía alegrar las vivencias diarias sin abandonar la seriedad. Su gracia y su “carpeta” fueron proverbiales y permanente fuente

de inspiración. Siempre tuvo la “cancha” necesaria para resolver situaciones que a otro le hubiesen generado dificultades o enfrentamientos, haciéndolo gala de una diplomacia natural.

Sabía utilizar con agudeza la ironía y la crítica para ejemplificar y orientar a los que, más que sus alumnos, éramos verdaderamente sus hijos adoptivos. Aquella imponente figura era siempre buscada en las salas y pasillos, para compartir un relato, recibir un consejo o analizar un caso clínico. Formó una verdadera “Cátedra de la amistad”, a la que también rindió culto. Los estudiantes tampoco eran ajenos a estas facetas de su vida, y gustaba de pasar largos ratos con ellos, enseñando y divirtiendo a su manera tan peculiar. Su ausencia deja en esto un espacio muy difícil de llenar.

Pero Roberto no fue sólo un devoto de su amada Facultad, de su entrañable Clínica y de sus amigos. También fue un pilar fundamental en sus otros sitios de trabajo, que siempre lo contaron como un apoyo incondicional. Fue así que en todo momento estuvo dispuesto a colaborar y trabajar por el bien de su querida Asociación Española y del Servicio Médico de ANCAP, a los que dedicó tantos años y tanto esfuerzo. En éste último se supo reconocer tanta dedicación, designando póstumamente con su nombre a la dependencia.

Capítulo aparte merece su amor y devoción hacia la Sociedad de Cirugía, de la que era incondicional concurrente y colaborador desde siempre, participando en varias oportunidades de sus Comisiones Directivas. Intuyendo quizá su próximo fin, no quiso aceptar la Presidencia para el período del año 2001, que le fue ofrecida, y para la cual era el más natural candidato.

Más allá de su valía científica y profesional, Roberto tuvo un enorme valor humano. Fue, sí, un maestro de la vida. Amigo entrañable, supo escuchar, comprender, ayudar, aconsejar y orientar, en el acierto o en el error, siempre con profunda voluntad y sentimiento. También supo olvidar y perdonar, en aquellas situaciones que lo alejaban, en ocasiones, de sus seres queridos. Profundo apasionado en todos sus actos, fruto quizá de su origen peninsular, del que tan orgulloso estaba, dio también en tener algunos sentimientos negativos hacia los que fueron sus adversarios, que también los tuvo, pero siempre a cara descubierta, sin doble discurso.

Gran conocedor de las gentes, de los pagos del interior de los que era originario, y de la historia reciente, gustaba adornar sus abundantes relatos con un profuso anecdotario, que ya forma parte del colectivo de quienes fuimos sus amigos. Apreciaba la belleza, la buena vida, la buena comida, los buenos vinos, los automóviles..., en los que sabía reconocer, como en tantos otros aspectos, calidad y categoría, así como los viajes, que realizó con frecuencia. Gustaba también de compartir con sus numerosos amigos sus vivencias en todos estos aspectos de la existencia.

En su vida personal pasó por períodos difíciles y tormentosos, pero, por suerte para él, pudo encontrar en sus últimos años, la compañía y el amor que le hizo más feliz y llevadero el dolor de una enfermedad que pudo ser más prolongada. Incondicional de sus dos hijos, que eran su orgullo y admiración, se fue seguramente con la certeza del deber de padre cumplido. Profundo creyente en Dios, ciertamente ha encontrado Roberto, el querido “Churu”, su cobijo en la Eternidad.

Dr. Augusto Müller